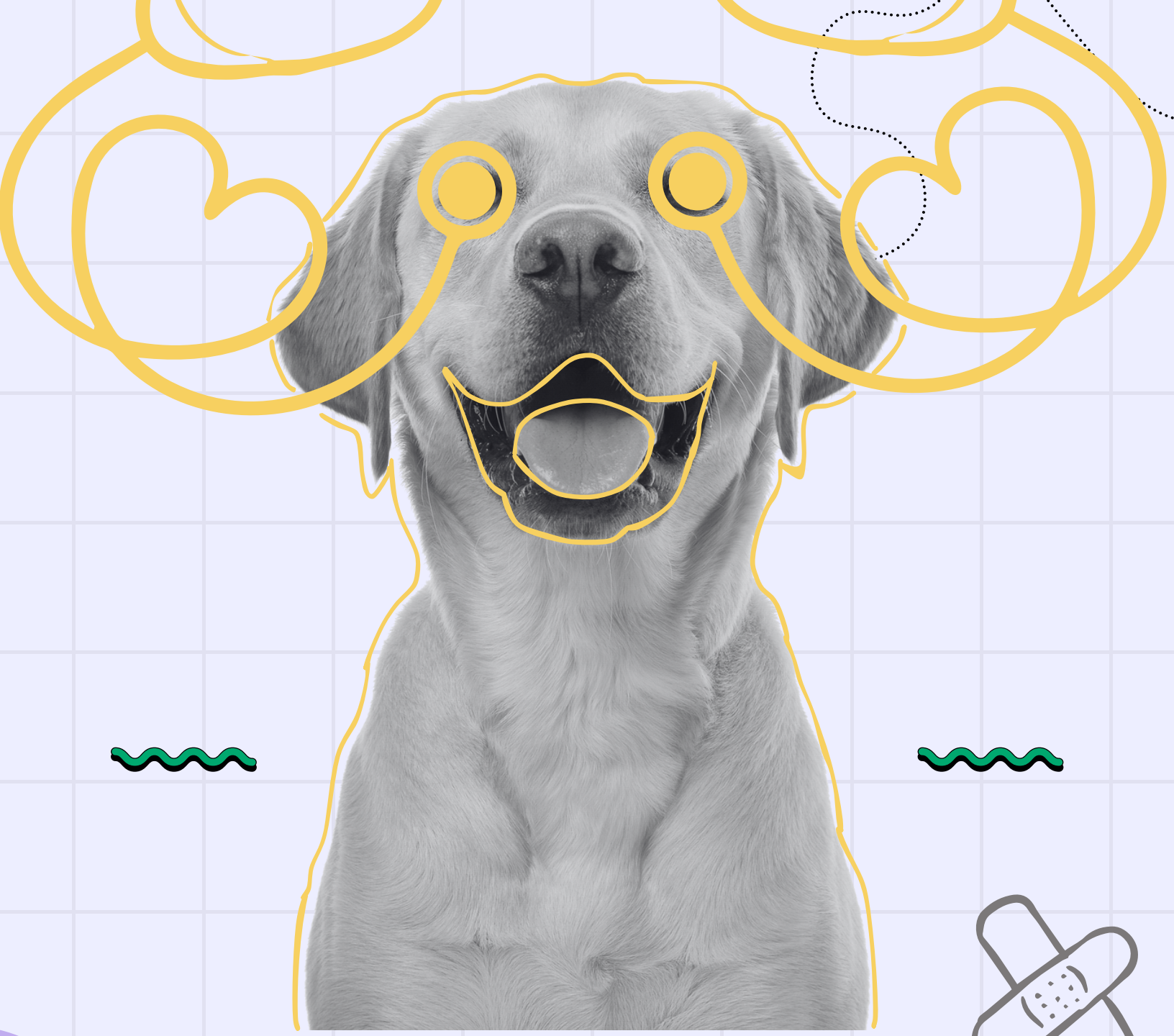


HOSPITALES, PERROS Y ESPEJOS

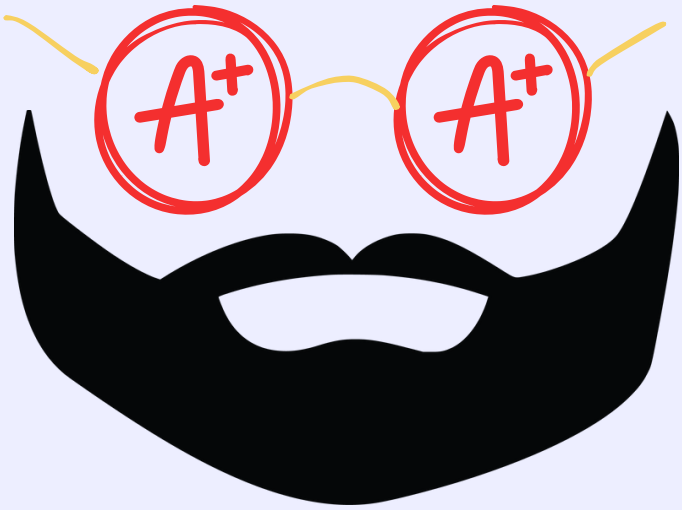
Por Mau M.R

Cuando naces, se dicen cosas de lo que ya “es” antes de que siquiera sepas qué es ser. Doctoras y doctores hablan de la hora en la que mostraste sí estar con vida, el lugar en el que te encuentras cuando ni siquiera sabes qué es un mapa, y que eres un hombre por esa cosa entre tus piernas, aunque todavía no seas consciente de lo que es una pierna. Y con eso empezamos a andar; a transitar por la vida mientras nos rodean estos términos, estas palabras que escuchamos tanto que terminamos por aprendérnoslas al conectarlas con las figuritas graciosas que nuestros ojos ven. Eso es un perro porque parece perro; eso, un hospital porque parece hospital; esto, un humano porque parece humano, y yo, un hombre porque parezco y tengo cosas de hombre.

Se trata de fluir con el río; irte para acá y para allá mientras te jalan las corrientes y descubres lo que está pasando. No sabes cuándo empiezas a pensar, solo que un día, de la nada, estás en la primaria y te vas con “los de acá” porque “con las de allá no”, o te tienes que vestir “así” porque “de esta manera no”. Solo dices que sí y continuas por tu rumbo, porque sigues aprendiendo la relación de las cosas con sus palabras y realidades.

Eventualmente tú, por tu cuenta, entiendes este mundo extraño de figuritas en los ojos, relaciones en la mente e interacciones sociales. Sabes que de la primaria va la secundaria, luego la prepa, la universidad y el trabajo. Sabes que de la vida viene la muerte. Puedes ver al hospital, al perro y al espejo, y saber que se trata de un hospital, de un perro y de un hombre. Sabes que la pubertad es algo por lo que todas las personas pasan, y algunas hasta la buscan por la emoción de los cambios en ella. Solo ignora que, para ti, la pubertad se siente como que cada cambio es un paso hacia atrás. Que cada vez que notas que tu voz está más grave, quieres tragarte el silbato agudo de un juguete para perro, con la esperanza de que eso deshaga el daño. Mejor, ignorarlo, y pasar el rato con la gente de siempre. Acepta que vean a mujeres y solo hablen de ellas por su cuerpo, por su forma de caminar, por todo el sexo que quisieran obtener de ellas. Eso es normal y eso es el mundo que descubres con tus ojos y vives porque estás con vida, y que tienes que pasar así, sin otra gente con la cual interactuar y expectativas a las cuales vivir, porque eres hombre.

Sigue con el flujo y no rompas el flujo. El perro es perro, el hospital es hospital; la persona, persona; mujer, mujer, y hombre, hombre. El pelo crece en las piernas, los brazos, la cara y por todos lados, ¿por qué? Porque eso hace y te amuelas. Sigue aprendiendo; sigue relacionando. Tú eres una máquina de pelos, un ser de voz grave, una persona con tremendo privilegio y que podrá hacer lo que quiera cuando crezca, porque tienes buenas calificaciones, un *buen* color de piel y, más que nada, eres hombre. 75 años de expectativa de vida, ¡para triunfar!



Ignora que odias los espejos. Que no te gusta probar ropa nueva y prefieres solo usar el uniforme de la escuela para no lidiar con tu armario. Ignora que un día jugaste como mujer en un videojuego sin sentido y sonreíste de la nada. Que probaste un filtro que te mostraba con el pelo más largo y te encantó. Ignora que no sabías qué era una persona trans hasta que estabas en la secundaria. Ignora ese recuerdo extraño de cuando estabas en la primaria y pensabas que chance y naciste mujer, pero te cambiaron el género para coincidir con tu hermano. Ignóralo porque eso no eres tú. Tú eres un hombre, porque eso eres y siempre serás. Voz grave, cuerpo peludo y pene entre las piernas; ¿qué más se necesita para saber lo que eres? Oh, ¡el privilegio de que la vida sea tan clara y certera!

Arráncate los ojos y vuélvete ciego, porque no hay más que ver. Ve hacia adelante a los retos del mundo, solo a veces hacia atrás para un vistazo a tu pasado y nunca abajo hacia ti, porque ya sabes qué dudas estúpidas eso genera. No te veas a ti; solo a lo que te reta y se puede cambiar. Enfócate en tu primaria, secundaria, prepa, universidad, y trabajo. Enfócate en que todo eso salga bien y sueña con los sueños que se te dan, con las palabras que se te explicaron que valen la pena pensar.

Llegan dudas expuestas por el morbo de una vida no vivida. Por un "¿qué tal sí?"

Pero el flujo, de la nada, se rompe. La pequeña salida a la escuela, el saludo a mano, el aire exterior y el ritmo de la vida detenido por un virus. El río se estanca por los troncos de lo imprevisto y ya no hay un adelante por ver; no uno certero. El atrás, entonces, nos entretiene hasta que se torna nostálgico, triste y doloroso. Con eso, por mera divagación de la mente, la vista pasa hacia abajo. Hacia ti. Busca tu escape donde quieras, pero lo único que te rodea son las mismas paredes de siempre y esos textos en tu teléfono que dicen ser de otras personas. La presencia con uno mismo, tan cercana, honesta y prolongada, abre cualquier puerta. Desentierra pasados, rompe barreras y ataca los cofres cerrados con candados de cadenas gruesas.

Llegan dudas expuestas por el morbo de una vida no vivida. Por un "¿qué tal sí?" con origen en la forzosa ignorancia del pasado. Tantas ideas, envueltas en el hilo de una vida sin instrucciones y sentimientos entremezclados. Intentas buscar un punto del cual jalar para deshacer y ordenar toda

esta incertidumbre. Después de tanto buscar en el estambre, te encuentras con una pierna peluda y un rastrillo en tus manos. Sin quién te juzgue, plan que te exponga o tiempo en el cual regresar al flujo de la vida, te rasuras la pierna, talando años de aceptación, ignorancia y rechazo propio con las navajas desalineadas de la curiosidad.

Terminas de pasar el rastrillo por la pierna, lo dejas a un lado y, luego, la sientes. Esa piel suave, tranquila y, aunque no perfecta, resguardante, cómoda y feliz. Tus manos fluyen sobre ella como en patinaje sobre hielo, con una fineza que relaja el alma interior. Una piel correcta, una piel libre, una piel tuya. Repasas todas las ideas, palabras y figuritas graciosas que se te han dado, dicho y enseñado en la vida. En los perros, los hospitales y los espejos. En la ropa que usas.

En que el hombre es hombre y la mujer es mujer. En que el flujo de la vida, el paso de las cosas, el nacer, crecer, estudiar, trabajar, retirarse y morir son inamovibles. En que se te conoce desde el día que naciste y que antes de que supieras hablar ya tuvieras un nombre. En que tienes privilegio eterno y de tremenda suerte. En que siempre se te ha dicho que eres el "tú" que eres y que tu objetivo en la vida es vivir bien y morir mejor como ese "tú".

Repasas todo eso con las manos sobre tu pierna pelona, recién rasurada, y te das cuenta de que todo lo que sabes de ti puede ser falso. De que chance y esa no es tu ropa. Chance ese no era tu mundo. Chance esa no era tu pubertad. Chance ese no eras tú. Piensas que, en una de esas, es posible que las doctoras y los doctores hablaron mal cuando naciste.

Suspiras cansado. Te abrazas la pierna y, en posición fetal, te das cuenta que, en vez, estás cansada. Te paras con pies pesados por la magnitud del mundo que cayó sobre tus hombros. Con calma, te acuestas sobre tu cama y buscas "datos" —o lo más cercano a eso en el internet— en tu teléfono, junto con los quizes menos confiables y las anécdotas más reales que, poco a poco, desentierran que tu "él" podría, en verdad, ser de "ella". Que tus 75 años de triunfo son, en realidad, 35, y que la gente trans sí, en verdad, existe.

SEMBLANZA

Mau nació el 10 de Octubre de 2003 y, desde ese entonces, no sabe qué está pasando. Ha aparecido en las antologías de cuentos de "Cada Quien su Cuento" (2021) y "Tarde Entre Extraños" (2023). Le fascina poder contar y escuchar las historias que este mundo puede dar.